

En el Corazón de Cristo siempre

CENTENARIO DEL NACIMIENTO

Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.

1925 – 2025

DICIEMBRE

*Adviento: Espera Ardiente
La Virgen*

ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	6
3.- Transparencia de un corazón: Levanta tu mirada a la Virgen	8
4.- Textos escogidos	10
4.1.- Adviento. Las venidas del Señor	
4.2.- La Concepción Inmaculada. Pureza de Corazón	
5.- Santo del Mes: San Francisco Javier	44
Oración para la devoción privada	55

1.- ADELANTE

- 47.** Jesús tiene que venir siempre, cada vez más (*a nosotros, al alma*).
- 54.** Donación total hecha en la realidad cotidiana de lo sobrenatural..., ‘a lo tonto’, con una sencillez inefable.
- 513.** La Virgen nos enseña a adorar y a ofrecer a Jesús en Belén, en el Calvario y en la Eucaristía.
- 989.** ¡Con qué fuerza quisiera yo hacerte entender que el Señor quiere venir a tu corazón!

1012. En la contemplación de los misterios de Cristo no somos meros espectadores sino protagonistas.

2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

14.10. María era como espontáneamente dócil a Dios, por su Inmaculada Concepción. Y vuelta hacia Él, por toda la riqueza de amor que el Espíritu Santo ponía en Ella, miraba a los otros, se refería a todas las cosas con sentimientos de ternura, de compasión, de amor, no turbados por el veneno de la concupiscencia. María no estaba separada de la tierra, no estaba separada de la vida de los hombres. Los miraba siempre con amor, con limpieza, con pureza de corazón.

(Novena de la Inmaculada 1992, 2ª)

14.10. Contemplarla muchas veces, invocarla, unirnos a Ella en una comunión de amor, de cercanía, de devoción, para que Ella vaya poniendo dentro de nuestro corazón, estos rasgos de pureza de corazón. (...) Pidámoselo así a la Virgen: Oh María, Madre Inmaculada, Madre Purísima, alcánzanos la pureza de corazón, con que nos hagamos dignos de la bienaventuranza evangélica: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

(Novena de la Inmaculada 1992, 2ª)

1.22. Y esto es el misterio de Jesús: «La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos

contemplado su gloria», y hemos sido arrebatados por ella. ¿Cuál es esa gloria? Cristo crucificado, la gloria del Padre, el amor del Padre, la manifestación plena del amor del Padre a nosotros, hijos, para nuestra generación. «Hemos contemplado su gloria, gloria propia del Hijo único del Padre, plenitud de gracia y de verdad». Jesucristo es encantador, plenitud de gracia, pero ese encanto es verdad, plenitud de verdad. «Y de su plenitud hemos recibido todos, gracia tras gracia». Continuamente recibimos gracia tras gracia. «A Dios nadie lo ha visto jamás», nadie. Jesús no es uno que ha visto al Padre. Es el Unigénito del Padre, es la plenitud de la gracia y de la verdad. Él nos ha revelado al Padre.

(Homilía 31-12-2014)

3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN

LEVANTA TU MIRADA A LA VIRGEN

«En una de las veladas de Navidad, en las que nos acompañaba, comenzamos a cantar villancicos. Le gustaban mucho algunos vascos. Estuvimos cantando *Mesias sarritan*, en una de las estrofas dice:

“Haurtxo txikia, askan dago,
Amak esan dio lo egiteko.
Bainan haurtxoak, begiakin
Esaten dio: ¡ama ezin!”

El padre se detuvo, con los ojos llenos de lágrimas, la voz entrecortada y repetía: “Ama ezin... Ama ezin (¡Madre, no puedo!). Traducía al castellano: “el Niño con los ojitos (parpadeaba) le decía: Ama ezin”. Lo volvía a repetir emocionado. Parecía ver lo que cantábamos. Estábamos impresionadas y emocionadas también».

«En una conversación con él, hablando de la intercesión de la Virgen María, de lo cercana que últimamente la sentía, me comentó que el papa Pablo VI tenía una homilía muy bonita sobre la Virgen María y me fue comentando aspectos de esa homilía. Y me dijo: “Si me das tu dirección te la mando”. A los pocos días recibí una carta con la homilía de Pablo VI

que predicó en Cerdeña, en el Santuario de Nuestra Señora del Buen Aire. Me hizo mucho bien».

«Hablando un día sobre la importancia de ir al original griego de la Palabra de Dios, pues las traducciones a veces dejan mucho que desear, le comenté que había encontrado varias oraciones en griego, entre ellas el Avemaría. Le mostré la copia que llevaba y fue corrigiendo algún error que tenía. Rezamos juntos esta oración. Ahora, después de tantos años, siento devoción al rezarla, recuerdo cómo él transmitía vida al rezar porque era un trato personal con nuestra Madre del cielo».

(Págs. 257- 258)

4.- TEXTOS ESCOGIDOS

4.1.- ADVIENTO. LAS VENIDAS DEL SEÑOR

Retiro Grupos de Oración
19 de diciembre de 1975
Madrid

¿Cuál es la actitud cristiana en este tiempo? Este tiempo del Adviento, que llega ya —precisamente en el día de ayer o en el día de hoy—, llega ya a su punto culminante, esa semana preparatoria que en la liturgia de la Iglesia se caracteriza como la semana de las antífonas solemnes que comienzan con la exclamación 'Oh' —de ahí el nombre de María de la O—, de la antífona 'Oh': Oh sabiduría, Oh bondad, Oh grandeza, etc. Es el tiempo —diríamos— más agudo del Adviento. Es cuando tenemos que esforzarnos por mantener la actitud propia del Adviento.

Ante todo, cuando se trata de actitudes litúrgicas cristianas puede hacer una cierta impresión de superficialidad, sobre todo cuando uno vive los Ejercicios y hace los Ejercicios. Desde luego en los Ejercicios de mes, pero mucho más si son de ocho días y mucho más si son Ejercicios más reducidos. Yo no sé si habéis pensado alguna vez en esa cosa tan llamativa, tan chocante. Estamos a lo mejor meditando la Pasión de Cristo y de repente termina la meditación. En la Pasión pedimos, nos esforzamos por entristecernos con Cristo, por

compadecer con Él. Termina esa meditación, y a lo mejor la siguiente es de Resurrección, y decimos: — Ahora a gozarnos con Cristo. Y queda uno un poco sorprendido al ver cómo pasamos de las lágrimas a la risa, cómo pasamos de la tristeza a la alegría, cómo eso puede ser una cosa realmente auténtica. Esto nos puede pasar en la Semana Santa, por ejemplo, y en otros períodos de la vida litúrgica: pasamos del Viernes Santo al Sábado —sobre todo antes el Sábado era día de gloria—, al Domingo de Resurrección y ya parece que se olvida uno de lo anterior, y ahora se trata de gozarnos de Cristo.

Para entender esto tengamos presente que no son las cosas tan fáciles. Es decir, la Pasión, por ejemplo, y la Resurrección —a ver si me lo entendéis bien esto— no suceden en la misma línea carnal. Quiere decirse: la Pasión es nuestro sufrimiento con Cristo, el cual se realiza en nuestro cuerpo mortal; la Resurrección no es una etapa que sigue a la Pasión y al sufrimiento en nuestro mismo cuerpo. No es un período —diríamos— de satisfacciones corporales, sino que la Pasión perdura mientras tenemos carne mortal, perdura, porque hasta que no lleguemos a la muerte definitiva estamos llevando con nosotros una carne que es pasible, que es capaz de Pasión y que acompaña a Cristo con sus propios sufrimientos. De modo que la Resurrección no es en el mismo plano, sino que la Resurrección es en el plano interior; diríamos, afecta a la actitud de amor y de caridad con que tenemos que llevar la cruz. Pero no son como dos etapas sucesivas, sino como dos dimensiones de nuestra vida. El mismo Cristo llevó la Pasión con

amor y nosotros llevamos también nuestra Pasión con amor, con ese amor que se nos deriva de la Resurrección de Cristo. Por lo tanto, no se trata simplemente de dejar y coger otra cosa, sino son dimensiones de nuestro ser.

Y una de las dimensiones de nuestro ser es precisamente la dimensión de la esperanza y del esperar, que se agudiza de una manera especial en el Adviento. El Adviento que estamos viviendo ahora es tiempo de esperanza y de espera. Si quisiéramos decirlo con términos así precisos, diríamos que el Adviento no es tiempo de penitencia. El Papa Pablo VI escribió una Constitución después del Concilio en la que ordenaba la disciplina penitencial de la Iglesia. Y en esa Constitución Paenitemini considera y llama día penitencial de la semana al viernes: el viernes es día penitencial. También llama tiempo penitencial a la Cuaresma, pero no llama al Adviento. De modo que el Adviento estrictamente no es tiempo penitencial, no es el tiempo formalmente de una conversión, tiempo de una predicación de arrepentimiento, de conversión. ¡No! Siempre necesitamos convertirnos, es verdad, pero podríamos decir que el Adviento es algo más delicado, más íntimo. De hecho, si nos fijamos, en general en la masa del pueblo cristiano el Adviento no deja una huella especial. **El Adviento es más de las almas interiores**, de las almas de oración, de las almas consagradas, de las almas que viven más finamente. Y éstas sí viven el Adviento, pero no como penitencia. No porque no haya que hacer penitencia en ese tiempo, pero no es tiempo penitencial.

¿Cómo lo podríamos designar? Es tiempo de deseo de la venida del Señor. **Es tiempo de purificación para esa venida del Señor que llega.** Navidad es el Señor que viene.

Partamos pues, primero, de eso que significa la Navidad. Muchas veces se nos ahoga el contenido espiritual de la Navidad en medio de la mundanidad que le acompaña. Las fiestas de Navidad son unas fiestas familiares, son unas fiestas llenas de recuerdo, de nostalgia de la propia vida, de la propia familia donde uno ha vivido. Son unas fiestas llenas de regalos, sorpresas, todo ese calor. Pero muchas veces puede quedarse en algo un poco exterior. Diríamos que el árbol de la Navidad cubre en el fondo al Niño, al regalo verdadero, porque al fin y al cabo, todos los regalos que nos hacemos nosotros en ese tiempo son expresión, son manifestación, de nuestra alegría por el regalo que nos ha hecho Dios a nosotros, ahí está. El regalo que Dios nos ha hecho es su Hijo. Nuestro gozo de que el Señor nos haya dado su Hijo lo expresamos dando algo nuestro a los demás. Pero sería contrario a todo el sentido de la Navidad, que ese regalo del Padre a nosotros quedara prácticamente en un segundo plano, que se nos fuera todo por la mera exterioridad. Vamos pues, al fondo, al misterio de la Navidad.

Navidad, Nacimiento tiene desde luego un sentido de recuerdo. Recuerdo no solo de nuestra vida, recuerdo de cuando Jesús nació en Belén. Es un hecho histórico que lo recordamos.

Pero **Navidad** no solo es recuerdo de un hecho pasado, sino que es **anticipación de un hecho futuro que es la venida definitiva de Jesús como Juez de vivos y muertos**. Y así, incluso en el fondo de las liturgias de Navidad se ve, se oye siempre esa nota del que va a venir, del que vendrá. Por lo tanto, nosotros, en cierto modo, celebramos como una anticipación de lo que vendrá, del que vendrá.

Pero no es solo recuerdo y solo una especie de figura anticipadora, sino que —y esto es lo hermoso y es lo grande— en Navidad viene de veras Jesús a nosotros. Es verdadera venida, en un modo verdadero nace Jesús en nosotros. Evidentemente no nace a la manera como nació de la Virgen, pero sí viene a nosotros. Jesús es —así lo describe el Apocalipsis— "el que era, el que es, el que viene". Está viniendo siempre. ¿Qué queremos decir cuando nos referimos que el Señor viene? ¿Qué queremos explicar con esa palabra 'viene'? Queremos indicar una venida extraordinaria, una venida especial, una comunicación fuera de serie. A eso llamamos 'venida, viene'. «Todo don perfecto viene del Padre de las luces», viene, se nos da. Todo lo que es en nosotros significación de venida del Señor, venida del Espíritu Santo, significa una invasión de Dios sobre nosotros. Diríamos que Él toma la iniciativa y viene hacia nosotros, nos envuelve con una abundancia especialísima, notando que toda nuestra vida es una comunicación con Dios. Cuando nosotros hacemos una obra buena crece la gracia santificante, crece pues nuestra intimidad con el Señor, con Cristo, y sin embargo, no llamamos a eso venida. 'Venida' es

cuando es una invasión de la divinidad que no es como lo correspondiente a nuestra colaboración con la gracia, sino que es una efusión especial de gracia. A eso llamamos venida. Jesús viene en Navidad. El Espíritu Santo viene en Pentecostés.

En verdad, si nos preparáramos un poco, si estuviéramos a la altura de los planes de Dios, Navidad dejaría en nosotros unos frutos imborrables. Esto es lo grande. No es un puro recuerdo, no es una cuestión así de representación litúrgica, es que el Señor quiere comunicársete y viene con sus dones grandiosos, solo que nos preparemos, porque a la venida de Dios corresponde la preparación del hombre, la preparación a esa venida. Tenemos el caso de la Virgen. La Virgen en la Encarnación recibe al Señor que viene a Ella, y el Señor la prepara. A nosotros el Señor nos prepara con su gracia y quiere que nos preparemos. Y de ahí el Adviento.

El Adviento es la preparación a la venida. Estos días que nos quedan, para los Grupos de Oración, deben ser momentos fuertes de preparación a la venida. ¿Y cómo nos podemos preparar a esa venida? Decía antes que hay muchas venidas del Señor, muchas. En las mismas obras buenas que hacemos Él se nos infunde cada vez más íntimamente. Pero venidas del Señor son todas las gracias que recibimos, inspiraciones, mociones, cosas agradables y cosas desagradables, todo eso son venidas del Señor, el Señor viene. La Navidad es una venida especialísima del Señor que merece de nuestra parte una preparación especialísima. ¿En qué consiste esa preparación para la venida del Señor?

La primera preparación para esa venida es **el deseo**. Tiene que irse formando en nosotros como un deseo de la venida del Señor que la Iglesia expresa con esa palabra repetida en todo el Adviento: —«¡Ven, Señor Jesús!». Eso que decimos en la liturgia de cada día, pero con una especial fuerza lo repite la Iglesia en este tiempo: —«¡Ven, Señor Jesús!», ven. «Ven a visitarnos en paz para que nos alegremos en tu presencia con corazón perfecto». ¡Ven, Señor! De modo que en nosotros tiene que ir creciendo el deseo. Deseo que se expresa en palabras, deseo que se expresa en oración, deseo que se expresa en trabajo de purificación: ¡Ven! Naturalmente, como es una **esperanza** —el tiempo de Adviento es tiempo de esperanza—, todo lo que es objeto de esperanza es para nosotros objeto de petición y de preparación. Esto tenemos que aprenderlo para siempre.

La esperanza por su definición teológica es esperar algo que no podemos hacer nosotros. Cuando nosotros lo podemos hacer y está en nuestra mano, se llama esperanza solo de una manera imperfecta. Por eso, para muchos la esperanza no es más que esperanza en sus fuerzas, esperanza en los medios que tienen y que poseen. Si yo, por ejemplo, planto un árbol, un árbol frutal, entonces yo tengo esperanza de que ese árbol se desarrolle y llegue a dar fruto. Pero eso no se llama esperanza teológica. Y para muchos la esperanza teológica la han reducido a esa esperanza de algo que va a suceder, de algo futuro. Hay un libro que corre por ahí con ese título: *Yo creo en la esperanza*. Y esa esperanza en el fondo no es más que 'yo creo en un futuro desarrollo de la

humanidad', nada más, no se pasa de ahí. Y eso no es más que una esperanza muy humana. Cuando uno tiene ya seguridad de las fuerzas que posee, de las cualidades que tiene, entonces tiene esperanza de que va a conseguir determinados frutos. Un industrial tiene esperanza de que su empresa se desarrolle, prospere, tiene una esperanza. Ésa no es la esperanza cristiana. No que no pueda haber en el cristiano, claro que puede haber, pero no es eso lo que llamamos nosotros esperanza cristiana.

Esperanza cristiana es esperar algo que nosotros no podemos y que Dios puede y nos ha prometido realizar. Ésa es la esperanza cristiana. Es importante, porque esto quiere decir que la esperanza teológica viene a empezar donde terminan las esperanzas humanas. Por eso, la esperanza es de todos nosotros. La esperanza teológica comienza donde termina la esperanza humana; es decir, donde se llega a la desesperación humana ahí empieza la esperanza teológica. ¿Por qué? Porque creo que Dios es omnipotente y Dios es capaz de todo. Y que Dios era capaz de dar a Abrahán y luego a todos sus descendientes, podía cumplirles la promesa de una descendencia incluso a través de su mujer estéril, porque Dios puede hacerlo. Y si os fijáis, siempre el Señor suele intervenir después que el hombre ha palpado su impotencia. Y claro, en el orden humano al palpar su impotencia uno se derrumbaría; en el orden espiritual al palpar su impotencia el hombre pone su esperanza en Dios. Esto es importantísimo.

Tenemos que ser cristianos llenos de esperanza, pero no en nuestras fuerzas sino en lo que

Dios puede hacer. Y por eso, incluso personas mayores, personas que han tenido la experiencia de su incapacidad, incluso de su miseria, de su pecado, que humanamente diría: —Yo no tengo remedio, es el momento de la esperanza teológica. Una persona que ya tiene sus años: —Yo ya no podría ser santo porque ya se me ha pasado lo mejor de la vida, pues en la luz de Dios es el momento de la esperanza. Pero ¡esperanza confiadísimas de que Él, en la ancianidad, puede dar hijos, que Él, en la ancianidad, puede darnos el esplendor de una vida de santidad, que nadie está excluido de la esperanza! Pues bien, la esperanza es teológica. La esperanza es esperanza en el poder de Dios, más allá de nuestras fuerzas.

Pero entonces creería uno quizás: —La venida del Señor en Navidad es objeto de esperanza para nosotros; si es objeto de esperanza, luego yo no tengo nada que hacer. Sería equivocadísimo. Todo lo que es objeto de esperanza es objeto en primer lugar de petición. Dios quiere que colaboremos a eso que no somos capaces de realizar, al menos con una petición humilde. Petición, oración. Es tan propio de nuestros Grupos de Oración: orar, y orar según los tiempos. Y pedir, ahora, en este tiempo de Adviento, en el deseo de que el Señor venga, pedir, pedir con insistencia. El deseo expresado en petición.

Lo que dice San Pablo a los cristianos: «Alegraos en el Señor», tened una confianza ilimitada. **La alegría es característica del cristiano** porque espera: El Señor está cerca, el Señor viene, el Señor está ya con nosotros, por consiguiente, tengamos gozo, confianza en Él. Y por eso les dice después: «Que

en todas vuestras necesidades, vuestras peticiones aparezcan ante el trono de Dios con acciones de gracias». Ésta es nuestra postura cristiana, pedir. Pedir lo que es objeto de esperanza: Pedir que el Señor venga a nosotros, pedir que el Señor nos transforme en estas Navidades que sean días de penetración cada vez más honda del misterio de Cristo en nosotros, que nos transforme. Pedirlo. Es un segundo aspecto: deseo confiado, petición.

Y purificación. Necesitamos purificarnos. ¿Para qué? Para preparar esa venida del Señor. El Señor es el que tiene que venir, pero requiere de nosotros una preparación. A veces nos pasa a nosotros, que decimos que tenemos deseos de que el Señor venga pero no son deseos auténticos. Pedimos al Señor que venga, pero es una petición que no es auténtica, porque el hecho es que no preparamos lugar para el Señor. Lo que vamos a recordar tanto en Navidad, cuando la Virgen va a dar a luz a Jesús a una gruta «porque no había sitio para ellos en Belén», eso se repite todos los años. El Señor viene a comunicársenos y nosotros, a veces, decimos que sí, que lo deseamos, pero mantenemos la puerta cerrada, no le disponemos la habitación, no le dejamos sitio. Es que nos cuesta. Todavía el desear, puede ser bonito; todavía el pedir, pase; el preparar el aposento, cuesta, porque quiere decir que uno tiene que dormir en el suelo para dejar sitio al Señor, para dejar sitio a la Sagrada Familia, o irse uno a retirar uno mismo a una gruta para que el Señor ocupe nuestra casa. Quiere decir que no podemos preparar nuestro corazón sin despojarnos de nosotros mismos y esto

nos cuesta. De modo que éste es el problema verdadero que nosotros solemos tener, el problema de la preparación del corazón. ¡Nos cuesta!

Entonces nos pasa —y lo vais a entender perfectamente— lo que le pasaría a uno que está dentro en su cuarto, en su cama, metido en su cama perezoso. Llamamos a la puerta y tiene la puerta cerrada por dentro, y nos dice desde dentro: —Pase. Yo le digo: —¿Cómo voy a pasar? —Pasa. —¡Si está la puerta cerrada! ¿Por dónde voy a pasar? Y él dice: — ¡No, no! ¡Pase, pase! Es mentira. ¡No puedo pasar! Lo que pasa es que él tiene que levantarse y abrirme la puerta. Y si se levanta y me abre la puerta no tiene que decirme mucho pase, porque está la puerta abierta.

Respecto de Dios nos pasa esto mismo. Cuando nosotros decimos: «¡Ven, Señor Jesús!, ¡ven, Espíritu Santo!», no pretendemos convencer a Dios de que venga. ¡Él tiene más deseos de venir que nosotros de recibirlo! ¡Él está llamando a la puerta!: «Mira que estoy a la puerta y llamo». ¡Él está llamando! Por lo tanto, nuestra palabra no es para convencerle o moverle, sino que nuestra palabra es expresión de que le abrimos la puerta. Como, cuando al abrir la puerta, le decimos a uno: —Pase, entre; le dejamos entrar.

Esto es la preparación del corazón: **quitar la cerradura, abrir la puerta para que entre, no ponerle obstáculos**, no detenernos de una manera posesiva en nuestras cosas. Y claro, esto supone un desprendimiento, supone un salir de nuestro propio egoísmo, supone un camino de verdadera

purificación. Porque lo que impide la venida del Señor a nosotros es nuestra voluntad propia, nuestros caprichos propios, que somos así de caprichosos. Es como cuando decimos que tenemos caridad, queremos tener mucha caridad, queremos tener una familia muy unida, queremos tener esa unión de todos, pero cada uno quiere que prevalezcan sus propios derechos. Queremos una familia muy unida, pero 'todos unidos a mí'. ¿No habéis oído tantas veces quejarse a la gente de que no encuentra colaboradores, que nadie quiere colaborar? Uno pregunta: —¿Colaborar con quién? —Conmigo, se entiende. —¿Y usted colabora con otros? Dice: —No. ¿Cómo voy a colaborar, si yo llevo la cosa? —Claro. Pues mire usted, ahí está. ¡Salir de sí mismo! Ése es el punto. No puede haber unión, no puede haber caridad, no puede haber corazón limpio, no puede haber unión con Dios, si no hay pureza de corazón, limpieza de corazón.

Nos pasa esto en la oración, nos pasa esto en la caridad. Llega la oración, y queremos todos ir subiendo en la oración y queremos ir haciendo cada vez mejor la oración; y para esto, lógicamente y justamente, dedicamos el tiempo que nos hemos propuesto para la oración y tratamos de ser diligentes en ella. Pero luego, a veces, no encontramos a Dios en la oración. Entonces solemos investigar si habría algunos métodos para hacer mejor la oración. Y vamos muchas veces a buscar muchos métodos, que pueden ser buenos, pero no caemos, quizás, en la cuenta de que la condición esencial para que esa oración sea buena y auténtica es la **pureza de**

corazón, el corazón puro, el corazón libre de egoísmos. Esto nos cuesta y esto no lo queremos. Y buscamos otros medios pero dejando intacto el corazón. Y nos engañamos. La gran preparación para la oración es el corazón puro.

Y lo mismo en la caridad. Me dicen algunas veces: —¿Qué podríamos hacer para tener más unión en la familia, para tener más unión de caridad entre todos? Y a veces buscamos todos los tipos, desde los inventos e investigaciones de la psicología en todos sus aspectos... Yo repito lo mismo: —¿Sabe usted lo que le llevará a la caridad? La pureza de corazón, la superación del egoísmo. Si realmente todos los miembros de la familia, todos los miembros de las comunidades, todos los miembros de la sociedad, de las naciones, tuvieran el corazón puro, estaríamos en el paraíso, sería delicioso, saldría cada uno de su egoísmo. Esto es lo que nos cuesta y entonces no lo queremos hacer.

San Agustín tiene una frase que es profunda — como todas las suyas— y al mismo tiempo tan sencilla, pero tan profunda. Dice así: «Donde hay caridad, allí hay paz; pero, donde hay humildad, allí hay caridad». Es grandioso, exactísimo. Todos queremos la paz. La verdadera paz tiene que ser fruto del amor; no solo de una justicia fría sino de una cordialidad verdadera que practica la justicia con amor, la justicia de verdad pero con amor. Por eso, «donde hay caridad hay paz». Cuando nosotros no tenemos paz ¡es que nos falta la caridad! ¡Cuántas veces nuestra misma inquietud y nerviosismo viene en el fondo de que no estamos seguros de que

amamos! En el momento en que sabemos que en nosotros domina el amor nos entra la paz, pero cuando vemos todas nuestras inquietudes y nuestras segundas intenciones, entonces nos inquietamos, primero con nosotros mismos y luego lo pagan los demás. «Donde hay caridad, allí hay paz». Pero «donde hay humildad, allí hay caridad». Solo la humildad es capaz de llevar la caridad a su perfeccionamiento. Solo en la plena caridad existe de veras la humildad, esa humildad en la cual uno no se busca a sí mismo como centro, ni está pretendiendo que todos los demás le admiren y le contemplen y le sirvan y estén alrededor y hagan lo que le gusta y lo que le parece, donde uno se convence que no son los otros para mí, sino que soy yo para los demás. Ahí está la pureza de corazón.

La pureza de corazón no se refiere solamente a la castidad, sino que se refiere a esa limpieza del alma que no se ceba en el egoísmo sino que es libre, que se entrega y se da. Y se da sin contemplaciones, y se da sin reservas, y se da sin exigencias de ser correspondida, sino teniendo como el mayor don del Señor el poder uno darse ilimitadamente. Entonces ahí viene la humildad y ahí viene la caridad y ahí viene la paz y ahí viene la preparación del corazón. Y ahí viene entonces la efusión del don de Dios en la venida de Navidad. La venida de Navidad sería, para esta alma, enriquecedora hasta lo más. Y las familias quedarían transformadas.

Continuamente volvemos al misterio de la Navidad. Nunca en el mismo nivel, cada vez en un nivel más alto. Tenemos que llegar a ese misterio, en

el cual tenemos que aprender la lección fundamental que Él nos trae, que es la de entregarse en silencio, entregarse sin palabras, que es lo contrario de lo que solemos hacer nosotros, que hablamos mucho sin entregarnos nunca. En cambio Él nos enseña, y Cristo Resucitado Vivo se comunica así a nosotros, como el puro don que se entrega en silencio, que se da sin límites. Al Niño se le puede tomar en brazos, se puede jugar con Él, no se defiende, no puede defenderse. Así se entrega Dios a nosotros, diríamos que 'sin defenderse', en una pura entrega de amor. Y ésa es la venida que quiere realizar, a la cual hemos de prepararnos. Tiempo de Adviento: tiempo de preparación, deseo, petición, purificación.

El momento de la Eucaristía que vamos a vivir ahora participa, es como un Adviento fuerte. El Señor que viene, nosotros que lo deseamos, precediendo con una purificación en el Acto penitencial de la Misa. Pero que para nosotros tiene que ser actitud de verdad con una disposición sincera. Decimos muchas veces que los Grupos de Oración deben caracterizarse por la caridad, ¡por necesidad!, porque sin pureza de corazón no hay oración, y con la oración se obtiene del Señor la purificación cada vez más profunda del corazón. Entonces abundan las venidas del Señor que nos llena con la riqueza de su amor y de sus gracias.

4.2.- LA CONCEPCIÓN INMACULADA. PUREZA DE CORAZÓN

Retiro Grupos de Oración
3 de diciembre de 1991
Madrid

Vamos a tomar materia de este misterio de la Virgen para la reflexión o meditación de esta tarde, que coincide por otra parte con la fiesta de San Francisco Javier, el gran apóstol y el gran devoto de la Virgen también, a quien acudía él filialmente invocándola con aquella famosa expresión: «¡Señora, ¿no me habéis de valer?». Pues bien, vamos a reflexionar sobre ese misterio de la Inmaculada.

En muchos sitios se celebra la Novena con predicación, que —como sabemos— tiene que ser una especie de catequesis del misterio al cual prepara. Es preparar el corazón de los fieles a la vivencia de la festividad. Y se prepara calentándolo con la reflexión en el significado de ese misterio. De todo lo que podríamos decir se puede entresacar, podemos fijarnos, en lo más central: El misterio de la Inmaculada Concepción, María fue concebida sin pecado original. Ése es el contenido fundamental del misterio.

Esos privilegios de María, que los llamamos así, «privilegios de María»: María concebida sin pecado, María llena de gracia, María Virgen, María pura de todo pecado en su vida, Toda Santa, todos esos privilegios no son como regalos caprichosos de Dios, que de repente le comienza a adornar con esas joyas que le regala, que vienen a ser como de superfluidad. Simplemente porque le quiere le enriquece con dones. Sino que los privilegios que Dios concede, esos dones, suelen estar ordenados a la función que esa persona tiene que ejercitar. Cuando Dios da una vocación da siempre también las ayudas necesarias para realizar esa vocación. **Los privilegios de María están unidos a la misión que el Señor le había confiado**, le confiaba, a la misión para la cual el Señor la destinaba. Y forman de esta manera, las condiciones de cumplimiento de esa misión.

Por eso, en la mariología, en la teología que abarca la Virgen, se suele presentar siempre como una verdad y una realidad fundamental básica, de la cual en cierta manera se derivan los demás privilegios de María: la Asunción, la no corrupción del cuerpo de la Virgen, la Inmaculada Concepción. Y esa verdad fundamental que es esa misión de María para ser Madre del Hijo de Dios, para ser Ella Socia del Redentor. Porque María es pensada por Dios como Madre, pero Madre no simplemente para dar existencia al Hijo, sino Madre asociada al Hijo. Es decir, es la realización —en la línea de la Redención—

de aquel Adán y Eva del comienzo del Génesis: Cristo—María. María la Nueva Eva, María que engendra a Jesús y se asocia a Él. Por eso, se puede llamar perfectamente: María es Madre de Jesús, lo engendra, lo da a luz, pero luego es como su Esposa, es unida a Jesús para la generación de la nueva humanidad en el misterio de la cruz, donde María está asociada plenamente a Jesús. Y continúa siempre asociada a Él, también ahora en el cuidado de la Iglesia. María es Socia de Jesús para toda la obra de la Redención. Pues bien, ésta es la verdad fundamental. Para ser digna Madre de Jesús y digna Socia del Redentor y digna Madre de la Iglesia y de los fieles, María es concebida sin pecado original. La Inmaculada Concepción es el comienzo de la preparación de Dios para que María realice con perfección su misión.

Vamos a decir algo de **la Pureza de la Virgen**, la Pureza de María. Partimos —digo— de ese misterio de su Concepción Inmaculada. La primera sorpresa que podemos sentir, al acercarnos a este misterio, puede ser el hecho de que solo hace ciento cincuenta años fue proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción. En esa proclamación decía el Papa que está contenido en la revelación, que es parte de la verdad revelada, el hecho de que María fue concebida Inmaculada, sin pecado original. La pregunta es: ¿Por qué tardó tanto? ¿Por qué tan tarde fue definida? Las verdades de ordinario se definen cuando hay alguna

duda fundada o ha habido alguna duda fundada acerca de esa verdad. Hay muchas verdades que, como tales, no han sido definidas. ¿Por qué? Porque han sido aceptadas siempre, han estado indudablemente en el contenido de la fe. Pero la Inmaculada Concepción no fue así.

Creo que es bueno que comprendamos todo el contenido que aquí existe, que esto es parte de esa Nueva Evangelización que decimos. Es la «devoción iluminada», no simplemente sentimental. ¿Qué es la Purísima? La miro ahí, y uno pregunta: —Bueno, ¿y en qué?, ¿qué es eso de la Purísima, la Inmaculada? Pues es esto que voy a decir ahora.

En la tradición patristica teológica hay una cosa indudable, inconcusa, que es: que María fue la 'Toda Santa', que María fue Santísima, Purísima. Esto es común, esto es aceptado, aquí no hay duda ninguna. Pero cuando algunas corrientes teológicas insistían en que esa pureza llegaba a que fue concebida sin pecado original, ahí, otras escuelas teológicas ponían dificultad. ¿Por qué? Porque había que unir dos verdades: Una ciertísima, ciertísima; la otra que dependía de esta primera, y es donde surgían dificultades respecto a esta verdad que más tarde será definida.

La primera verdad que hay que aceptar es que María ha sido redimida por Cristo, María es redimida por Cristo, María ha necesitado Redención de Cristo. Ésta es una verdad que está vinculada al hecho de

que Jesús es el único Salvador y el único Mediador: «Uno es el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo—Jesús». En este punto no hay duda ninguna. Ahora bien, decían los teólogos y decían muchos fieles también, si María ha sido redimida quiere decir que alguna vez estuvo necesitada de Redención, por lo tanto estuvo bajo el pecado original. Admitamos que Ella no tuvo ningún pecado personal, admitámoslo, esto lo admitimos sin duda, esto entra también en lo aceptado. Pero tuvo que tener al menos un momento de haber estado bajo el pecado original, porque entonces se entiende que fue redimida. Si no ha estado con pecado original, ¿cómo ha sido redimida? Éste era el problema. De tal manera que no se veía la manera de unir estas dos verdades. Más, no solo no se veía la manera de unir, positivamente parecían contradictorias: concebida sin pecado—redimida por Cristo.

Ahí es donde los teólogos tuvieron esos combates, diríamos, teológicos entrecruzando sus armas dialécticas. Y fue la escuela franciscana (los franciscanos celebran con especial exuberancia la fiesta de la Inmaculada, porque a ellos se debe en gran parte el que se hubiera hecho luz y que la Iglesia hubiera aceptado esa solución que ellos propugnaban), fue la escuela teológica franciscana sobre todo, la que agudamente encontró la solución. Y la solución consistió en esto: **María fue redimida** en cuanto que, **por atención a Cristo Redentor, fue**

prevenida de caer en el pecado original. Es decir, si no fue concebida en pecado fue porque, por los méritos de Cristo, la preservó Dios del pecado original. Ésta es la solución.

Explicado de una manera gráfica, como lo explicaban en sus escuelas, «es mejor redención evitar que uno caiga en el fango, que limpiarle y purificarle después de haber caído en el fango. Y María —decían— fue redimida de la manera más perfecta. Fue redimida así, previniendo que cayera en el pecado original». Éste es el dogma de la Inmaculada Concepción: María concebida sin pecado original.

Pero si esto lo traducimos un poco a un lenguaje vital, más inteligible para nosotros, lo podríamos exponer de esta manera: El pecado original supone una lejanía de Dios, quiere decir que el hombre desde su origen se separó de Dios. Y al separarse, toda su descendencia unida a Adán queda separada de Dios. Es necesario que Dios positivamente haga una intervención redentora con la cual vuelva a acercar, a hacer, que el hijo pródigo vuelva al Corazón del Padre, a la casa del Padre. Ésta es nuestra suerte: Todos nosotros, pensados, sí, por Dios en su Corazón, pero en la realidad histórica alejados de Él, nacidos lejos de Él por aquel pecado primero de Adán, somos atraídos a Él por el Bautismo ahora, por la obra redentora de Cristo, y somos colocados en la casa del Padre, en el Corazón de Dios.

Pues bien, tenemos que decir esto: María nunca estuvo alejada de Dios, nunca. ¡Y tiene una enorme importancia! Porque para lo que Ella tiene que hacer como Madre del Hijo de Dios, asociada a la Redención, el haber estado existencialmente, ¡aunque fuera un instante!, es cualitativamente distinto. El haber estado aunque sea un instante en poder del pecado, la haría menos digna de ser la Madre del Hijo de Dios, la Socia del Redentor, no habría sido una victoria total sobre el pecado.

También lo voy a expresar con otra fórmula, otra expresión que también nos ayudará a entenderlo. Muchos Padres cuando llegan a este tema de la Virgen y de la Concepción de María notan esto: María no fue 'una de las mujeres posibles descendientes de Adán'; que el Señor escogió, en medio de las mujeres posibles, seleccionó a ésta. Hay una hilera, fila de descendientes de Adán, y el Señor se fija en una y la atrae. No fue así, sino suelen decir: La causa única de la existencia de María era su Maternidad. Es decir, cuando Dios pensó en el Verbo hecho carne, entonces pensó en María y entonces la concibió como Madre de ese Hijo de Dios hecho hombre. Es la razón de ser de María. Por lo tanto, si lo concebimos así —según estas maneras nuestras de pensar las cosas de Dios— tenemos que decir que María está más unida a Cristo que a Adán, más unida a Cristo. O también, que María fue pensada por Dios en la línea de la Redención más que en la línea de la creación. Lo que

pasa es que, para que sea así Madre del Redentor de manera verdadera y eficaz, tiene que ser hija de Adán, tiene que ser una de nosotros, una de nosotros. Entonces, le hace hija de Adán, pero preservada del pecado, sin que nunca esté fuera del Corazón de Dios.

Todo esto nos introduce en ese misterio admirable del amor de Dios a nosotros, ese misterio de amor: Cómo Dios cuida de cada uno de nosotros, de la misión de cada uno de nosotros. Y cómo Dios cuida de la Virgen, la cuida en todo su plan de Redención, la piensa en su Corazón, la tiene siempre en su Corazón, para que sea digna Madre del Hijo de Dios. Que sea una verdadera Mujer de la que nace Cristo —una hija de Adán— pero sin pecado original.

Pero la Inmaculada Concepción no dice solo esto, sino que nos dice también que «María fue concebida llena de gracia», Plenitud de Gracia. Y es lógico esto. Porque he dicho que María es creada, es concebida en el abrazo de Dios; el abrazo de Dios es la gracia. No es que se elimina el pecado en un vacío, la cercanía de Dios es la no presencia del pecado original, el amor de Dios que la envuelve. María es llena de gracia. Por eso la contemplamos así, la Virgen llena de gracia.

Así en algunos sitios, en muchas partes cuando se dice el «Ave María Purísima», contestan... Así como hay muchos que llaman «la sin pecado», que son esos estandartes, que vienen de 'sin pecado concebida', tenían escrito eso y ahí ha quedado la frase 'el sin

pecado' o 'la sin pecado'. Pero dicen: —Ave María Purísima. —En gracia concebida. Que es la manera positiva de decirlo. Decir 'sin pecado' es 'en gracia', 'en gracia de Dios concebida'. Ahí tenemos ese término de la gracia que a nosotros nos resulta difícil de entender a veces.

El Papa en su Encíclica sobre «La Madre del Redentor», cuando habla de la Plenitud de gracia dice estas palabras: «En el lenguaje de la Biblia 'gracia' significa un don especial que, según el Nuevo Testamento, tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo, de Dios que es Amor». Eso es la gracia. La gracia es algo que es participación de Dios, que es la vida de Dios comunicada a nosotros. En algunas concepciones, la gracia se cosifica demasiado, aparece como 'una cosa': uno tiene gracia, ha perdido la gracia. Es como un vestido del alma. Cada vez predomina más en la teología católica la idea de que lo principal de la gracia es la unión con Dios, es la unión con Dios. ¿Cómo explicar esto? Esa unión con Dios ciertamente pone algo en nosotros. Bien, sería el aspecto creado de la gracia, pero lo fundamental de la gracia es ese abrazo de Dios al alma.

Podríamos quizás expresarlo de esta manera: Como si un artista, un gran artista potente (es una simple hipótesis), solo mirando a un lienzo, con su mirada, una mirada de amor —el amor creador, creativo—, solo mirando un lienzo, mirándolo con

amor, grabara en él lo que él es, lo que lleva dentro, pero no solo lo grabara así, sino lo grabara vitalmente, nos daría una imagen de lo que es la gracia.

La gracia es esa mirada o abrazo de Dios al alma. Es un beso de Dios al alma. Es un beso de Dios que, dándoselo al alma, le da su imagen, le pone su imagen viva. Eso es la gracia, la gracia santificante. Siempre es el amor personal de Dios a esta persona concreta. No es algo hecho en serie, no es una 'fábrica de gracia', sino es amor personal. Y ese amor es el que pone una imagen viva, la cual a su vez, como imagen viva, irradia lo divino. Es como si el sol se refleja en un espejo e irradia, se hace como un sol el espejo mismo y proyecta sus rayos luminosos. O sea que Dios amando, pone en el centro del corazón su imagen viva, su ser vivo dentro. Y ese ser se convierte en irradiación de obras, obras que brotan de ese centro, de ese centro iluminado, vivificado por la mirada de Dios, por el amor de Dios, por el abrazo de Dios. Por eso dice el Señor: «Del corazón brotan las buenas obras», brota ahí de dentro. De dentro salen las acciones buenas. Y el comportamiento de la vida misma, entonces se configura con esa imagen de Dios que está en el centro del corazón.

Esto sucede en María desde su Concepción. No ha habido un instante de la existencia de María en que no haya estado abrazada por Dios, en el Corazón de Dios, con ese amor y con ese reflejo en Ella de Dios, con esa imagen de Dios en su Corazón. Esto lleva

consigo un don pleno del Espíritu Santo: María está llena del Espíritu Santo desde el momento de su Concepción. Esto le da una pureza positiva, una pureza de ese calor del sol en Ella, del Sol de Dios en Ella. La pureza de María no es la simple pureza — diríamos— de un manto de nieve, sino es la pureza del sol. Es una pureza irradiante, positiva, activa, calurosa. Es esa gracia de Dios en Ella. Y realmente es poderosa, es un sol que irradia y que calienta.

Esa pureza lleva consigo una nota que es la eliminación en Ella, la no existencia en Ella de la concupiscencia. Por eso la llamamos «la Purísima». Ese término se emplea también muchas veces para designar esa fiesta y para designar a la Inmaculada. 'Una imagen de la Purísima', ¿qué quiere decirnos esto? Cuando nosotros veneramos a la Virgen como «la Purísima» queremos decir que el hecho de la Inmaculada Concepción ha tenido unas consecuencias en toda la vida de la Virgen. La Virgen no ha tenido concupiscencia. La Virgen en toda su vida ha tenido una transparencia, una riqueza, eso que llamamos una pureza, ¡'la Purísima'! Porque, así como en nosotros el pecado original no solo existe hasta el momento en que somos justificados por el Bautismo, sino que deja luego en nosotros una huella que es la concupiscencia, que es consecuencia del pecado original, que es reliquia del pecado original. Y eso hace que nosotros en nuestra vida sintamos esa presencia de la concupiscencia. Todos la llevamos y

la sentimos dentro de nosotros. No se nos quita, queda, a pesar de que se nos da la gracia por el Bautismo, por la Penitencia, cuando volvemos a ella después de haber pecado.

¿Qué es la concupiscencia? La concupiscencia viene a ser, podríamos quizás describirla como la morbosidad de nuestro egoísmo. Tenemos un egoísmo morbozo, hay una morbosidad. Hacemos obras a veces buenas, a veces apreciadas por los que tenemos alrededor, pero las sentimos como impregnadas de egoísmo. Hacemos una obra buena, pero nos buscamos de alguna manera a nosotros, queremos quedar bien. Esa concupiscencia, por lo tanto, es como una especie de recurva sobre nosotros mismos. Nos curvamos sobre nosotros mismos, hay dentro una búsqueda, un apropiarse. ¡Que no siempre es pecado!, no, ni mucho menos, pero que en cierta manera empaña la limpidez de nuestra acción, de nuestra proyección. Queda como empañado. El sol brilla pero es como un espejo empañado, no tiene esa nitidez, esa limpidez.

En María no hay nada de eso. María es ¡la Purísima! «Purísima» connota la Inmaculada Concepción, pero connota también ese resplandor de la vida de la Virgen, de su comportamiento, la pureza de la Virgen.

Vamos a fijarnos un poco en esa pureza de María, en esa pureza de la Madre Inmaculada.

Destaca en toda su vida y en todos los rasgos que aparecen en el evangelio.

Al hablar de la pureza, muchas veces nos fijamos sobre todo en la pureza en el campo carnal, en el campo de la sensualidad o en el campo de la venereidad. Es verdad que en María hay una plena limpidez en este campo. Es «la Virgen». Sería el tema de la Virginidad —la limpidez en el campo carnal— de María. Pero al hablar de la pureza de la Virgen, «la Purísima», no solo nos referimos a esa pureza, esa pureza que es muy grande y que ha movido tantas veces a tanta gente a la pureza, a la castidad, a la virginidad. No es solo esa pureza. Hay gente que tiene pureza carnal, la tiene. Se puede decir que realmente en este campo son ejemplares, ¡íntegros! Pero tienen una serie de mecanismos de defensa, una serie de complejos, una serie de actitudes psicológicas de reserva. Tienen falta de pureza. Éste es el campo de la pureza. Y esto teníamos que cuidarlo mucho. Es penoso que a veces, junto a una especie de limpidez respecto a lo que puede ser culpa grave o culpa carnal, haya posturas muy egoístas —es la concupiscencia—, muy reservadas, muy poco serviciales, de muy mal genio en su comportamiento, de una forma de aristas en la vida. Eso no es la pureza de la Virgen. Hay una pureza más profunda.

Nosotros no llegamos a esa transparencia plena sin un don especialísimo del Señor, porque eso lo lleva poco nuestra misma condición de creaturas

humanas, pero sí podemos advertir que, **a medida que hay en nosotros un verdadero progreso espiritual**, a medida que vamos madurando (aquí es donde se nota que realmente va habiendo una maduración verdadera), **se va haciendo el corazón más transparente**, se va haciendo como menos 'esquinudo'. Es más acogedor, más limpio, es menos egoísta, se va abriendo más. Eso es, se va haciendo más puro, más limpio, más según las Bienaventuranzas, más según los frutos del Espíritu Santo: de cordialidad, bondad, benignidad, mansedumbre... ¡Como de espontaneidad así! Ahí es donde se nota que un alma va progresando muy altamente, muy altamente.

La vida de la plena unión con Dios no se suele discernir tanto por la forma de oración que tiene —en la cual muchas veces podemos construir imaginativamente grandes cosas—, sino en esa limpidez que se va estableciendo de corazón. Es el corazón transparente, limpio, donde parece que no tiene lugar ni una malicia. Parece que ya es incapaz de mirar con mala intención a nada, de mirar nada con malos ojos, sino mirar siempre todo con una mirada límpida. Entretanto, mientras no lleguemos a esa madurez, nos iremos encontrando con esos pequeños choques de nuestra vida y de nuestro corazón, que no deben desalentarnos.

En cambio, en María encontramos una oblatividad, una generosidad. María no tiene ningún

tipo de reserva, ¡no hay nada de eso!, no tiene nada de eso. **María** nunca aparece retraída, **mira a la realidad con simpatía** y tomando respecto a cada cosa la postura que a Ella le corresponde. Esto es lo propio de la pureza del corazón: Mirar la realidad con la mirada de Dios, como Dios mira la creación. Nos dice el libro del Génesis que: «Cuando Dios creó todo, vio Dios que todo era bueno». Esa mirada limpia, «era bueno», era bueno. Nosotros en nuestra mirada ponemos el corazón. Cuando nuestro corazón no es bueno, la mirada no lo ve todo bueno; y al contrario, cuando el corazón es bueno lo ve todo bueno, tiene una tendencia hacia eso. No es que no reconozca los errores que pueda haber, pero no pone esa especie de malicia, sino que tiene esa bondad. ¡Lo que es pecado no puede llamarlo bueno!, pero el hecho es que mira todo con simpatía, con benignidad, con amor. En esto hemos de crecer siempre. Tenemos que evitar el condescender con esa concupiscencia, con esa morbosidad egoísta. Tenemos que evitar el replegarnos, el amargarnos, el tener un corazón amargo. Evitar también el tener una disposición de crítica previa de todo, evitar tener una postura negativa respecto de los demás y del mundo. Necesitamos limpieza de corazón para poder mirar con amor y con simpatía a todos. La raíz de muchas de nuestras miradas y juicios amargos ¡somos nosotros mismos! La raíz está en el corazón que

tenemos nosotros, amargo, que no tenemos la pureza del corazón.

La pureza del Corazón de la Virgen se comprende mejor en contraste con lo que caracteriza la mayoría de los sentimientos humanos. En efecto, los sentimientos humanos suelen mezclar la posesividad y la concupiscencia, con el idealismo y con el don de sí. Ahí suele estar esa mezcla en el sentimiento humano. María era como espontáneamente dócil a Dios por su Inmaculada Concepción, era Purísima. Su comportamiento era resplandeciente, ¡en su modestia social!, porque Ella no tenía una forma de vida ni una situación social distinta y despegada de las demás personas, era igual. Es lo que nos pasa, y la belleza de la verdadera santidad cristiana, a imagen de Cristo y de María, que suelen ser almas sencillas, en una vida normal, en una vida ordinaria. Un ama de casa, una trabajadora, sencilla, hace lo que todos, pero tiene una calidad, tiene una transparencia... Esto es lo que notamos nosotros en María.

María, dócil a Dios por su Inmaculada Concepción, vuelta a Él por toda la riqueza de amor que el Espíritu Santo ponía en Ella, miraba a los otros con sentimientos de ternura, de cordialidad, de compasión, no turbado por el veneno de la concupiscencia. Pero no podemos imaginar siquiera a la Virgen separada de la vida de los hombres. Tenía preocupación real por ellos. Recordemos las Bodas de

Caná, cómo es Ella la que cae en la cuenta, sin que nadie se lo diga, y va a decirle a Jesús: —«No tienen vino», enseguida. Es el Corazón puro de la Virgen, límpido, que está allí como la que sirve, la que ayuda.

La Virgen era y se sentía libre, libre de concupiscencia. Se la ve así llena de amor, irradiando sin temor a su alrededor. Llena de alegría a causa de Dios, que ama y bendice las alegrías y las obras de la vida. En su cántico del Magnificat se ve una limpidez y una elevación admirable: «Mi espíritu salta de gozo en Dios mi Salvador». ¡Por esa mirada limpia! María aparece así unida a Cristo, plenamente unida a Cristo, pero no lo mira como propiedad suya.

Es otra de las mezclas frecuentes en la vida humana. No hay amor más grande que el de la madre. La madre es el prototipo del amor. ¡Hay que ver cómo ama! Pero muy fácilmente el amor de una madre se hace posesivo, muy fácilmente. Quiere a su hijo, a su hija, ¡para ella! Y de ahí incluso a veces que le pone dificultades para que pueda realizar lo que es su camino, porque le urge la necesidad que ella tiene, que es para ella y tiene que ser para ella, y que no la puede dejar y no la debe dejar, que es contra el precepto de Dios que la deje... Y muchas veces la ahoga y la limita. Le falta esa limpidez de corazón. Es un amor excesivamente posesivo.

Pues bien, esa Purísima, la Inmaculada Concepción, esa Purísima nos enseña esa lección difícil, la **limpidez de nuestro corazón**. Es un ideal

para nosotros, es un ideal al cual nunca llegaremos. Nunca llegaremos, pero eso es propio del ideal. El ideal debe ser una realidad que nos atraiga sin que la lleguemos a alcanzar nunca, pero que a nosotros nos sirve siempre de fuerza de tendencia, porque tendemos hacia ello.

María es así. La pureza de la Virgen se convierte para nosotros en ideal verdadero de vida. Tender hacia Ella siempre acercándonos, sin que nunca lleguemos a alcanzarla plenamente, pero al cual nos acercamos siempre y nos acercamos cada vez más. Tenemos que tender a Ella, contando con su acompañamiento, contando con que Ella, la Purísima. Es la que nos acompaña, la que está junto a nosotros intercediendo, alentándonos con su cercanía, con su Corazón, con su misma pureza, como contagiándonos con ella. Como la madre que sabe estar cerca de su hija en los momentos de su crecimiento y que está ahí junto a ella alentando y llevándola a su desarrollo. ¡No con sentido posesivo! Esto es importante.

Tenemos que mirar al mundo con esa mirada cordial. Porque este mundo, si queremos que llegue a realizar la civilización del amor necesita de pureza de corazón. El mundo está hundido porque en él reina la concupiscencia. Es el afán de la satisfacción de las inclinaciones egoístas. Ése es el ideal proclamado continuamente y muchas veces propuesto como programa de vida, como ideal de vida.

La Iglesia está llamada a ser reflejo de Dios. Y cada uno de nosotros, en su campo, tiene que ser instrumento de irradiación de la pureza del corazón de esa nueva vida. Esto hemos de pedírselo a la Virgen, que nos obtenga esto, nos obtenga pureza de corazón. Que Ella nos alcance a nosotros aquella pureza proclamada y beatificada por Cristo en las Bienaventuranzas, en la que nos decía: «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios».

Que la Virgen nos conceda poderle imitar en esto. En nuestro grado, ser cada uno de nosotros portador de una partecilla de esa pureza inmaculada de María que nos atrae y que nos envuelve.

5.- Santo del Mes

3 de diciembre

SAN FRANCISCO JAVIER

Javier, que parece una figura tan grande, tan gigantesca, vivía en una actitud de humildad y de sencillez. Leyendo las cartas, los escritos de san Francisco Javier, quizás lo que destaca en él, como marca de su espíritu, es la confianza en Dios y la humildad de corazón. Era de una humildad ¡tan grande! Él está persuadido de que la falta de fruto que él constata de su gran itinerario japonés, se debe a sus pecados, que él es el obstáculo, que por sus pecados Dios ha permitido que no resultara aquella peregrinación. Y esto no lo dice como una fórmula exterior, no, es la convicción de su corazón. Es un hombre que se siente siempre poca cosa delante de Dios. Y entonces, ante el futuro, ¡tiene una confianza absoluta en el Señor!

Y anota él que «uno de los ejercicios más eficaces para llegar a la santidad que Dios quiere de nosotros es la superación de los temores que el demonio suele poner en el corazón de los hombres para evitar que se entreguen del todo al Señor». Y anima a ejercitarse en superar esos temores. A él mismo le asaltaban estos temores. Cuando le hablan

de que hay una isla —la Isla del Moro—, donde viven unos indígenas antropófagos que devoraban a los que caían en sus manos, yendo a parar a aquella isla, él inmediatamente siente la necesidad de anunciar el Evangelio también a esos hombres, porque para ellos ha muerto Cristo. Y dada aquella fuerza interior que él tiene admirable, en la cual, uno de los motivos que da para hacer ese viaje y esa evangelización es «¡la necesidad que siente dentro de dar su vida por Cristo!». Pero ante el panorama que se le presenta de aquellas tribus salvajes, siente miedo, y dice él mismo que siente tal miedo que «hasta el texto del Evangelio se le oscurecía en su significación», del miedo que tenía. ¡Y luego él reacciona y se decide! Es lo que él aconsejará: reaccionar contra el miedo. Y se lanza y escribe: «Y si no me ponen una barca para ir hasta esas islas, yo iré a nado, pero ¡yo voy!».

¡Y fue! Y fueron las consolaciones más grandes de su vida las que le esperaban allá. «Debía llamarse esta isla —dice él—, la isla de confiar en Dios».

(Homilía grupos de oración, 3 de diciembre de 1991)

Ayer ponderábamos y contemplábamos el momento de la conversión de Javier, cuando por fin aquel castillo roqueño de su corazón se rendía a la gracia de Dios, se rendía a Dios. Javier había roto las cadenas. Javier había sentido la libertad de poder respirar a pleno pulmón el amor de Dios. Javier entendía perfectamente lo que luego diría en su

oración conocida: «Por el cual somos libres y nos salvamos».

Javier se entregó a Dios. Podríamos decir allí también en aquel lugar lo que está escrito en la capilla de la Conversión de Loyola: «Aquí se entregó a Dios Francisco de Javier», es verdad. Pero **la conversión** es un punto de partida, no es un fin.

Como Saulo, tiene que ir a que le instruyan, tiene que ir formando ese corazón de apóstol. Él no lo sabe todavía, pero en verdad que también él, como Pablo, era instrumento predilecto de Dios para el anuncio de los gentiles. Era un joven como todos los demás, como sucede en la llamada del Señor, que llama a los que están entre nosotros, a los que conocemos en su realidad de cada día. Y sin embargo, quizás están llamados para grandes empresas por el Señor, si no se hacen sordos y se abren a esa llamada de Dios. Y como él mismo dice en la carta de Cochín, cuando habla precisamente de esa conversión y quiere exhortar a los universitarios a que estudien de verdad lo que es la voluntad de Dios, y les dice que si cayeran en la cuenta, le dirían al Señor: —«¡Señor, ¿qué quieres que haga?! ¡Mándame donde quieras, aun a las Indias!». Y esto es lo que Javier en este momento piensa: —«Señor, ¿qué quieres que haga?». ¡Y así se entrega y así se abre! Una entrega, un cambio total de vida, un cambio de corazón, y cambia la obra, es verdad.

Y entonces, como suele suceder en esa transformación inicial, hay una conciencia de la propia impotencia, hay una conciencia de todo lo que es estorbo en su vida, y hay una conciencia de una voluntad inmensa de hacer lo que sea, de ir hasta el fin. Que la libertad ya ésa no sea limitada por nada. Y hay una voluntad y un deseo de ponerse en las manos de quien le puede conducir.

Y Javier se pone en las manos de Ignacio. Ignacio, que ha sitiado tan largamente aquel castillo del corazón de Javier, se encuentra ahora con que Javier le pone su vida en sus manos para que la forme, para que le enseñe los tesoros de Cristo, para que le lleve hasta la perfección. Ignacio, tembloroso pero seguro, se pone a la obra, toma a Javier. Y ahora comenzará la transformación de Javier. No es sólo la conversión, es lo que viene detrás. ¡Cuántas conversiones se han estropeado porque no se han puesto en las manos de quien puede llevarlas adelante hasta los planes de Dios!

Ignacio es Maestro de Espíritu, no precisamente por las clases que está escuchando de labios de aquellos Maestros de la Sorbona de París, sino sobre todo por la escuela humilde de la gruta solitaria de Manresa donde —como él mismo dice— «no podía dudar de que era Dios mismo su Maestro, como un maestro que enseña a un niño pequeño». Y ahí aprendió él los caminos del Espíritu. Ahí aprendió

lo que era ir subiendo por esa ascensión dura y difícil de la conformidad con la voluntad de Dios, del distinguir la voluntad propia de la voluntad de Dios, y del conformarse en todo momento con la voluntad de Dios en un seguimiento personal de Cristo, a través de ese encuentro que no es simplemente recuerdo del pasado, que es **vivir de veras con Cristo vivo**. Y ese Cristo vivo influye en nuestra vida, ese Cristo vivo nos conduce, nos señala el camino. Y nosotros seguimos confiadamente porque esperamos en Él, sabemos que está con nosotros. Es la impresión profunda de quien ha encontrado al Salvador.

Ignacio lo coloca inmediatamente, según lo que es el camino de Dios, en **el contacto directo con su Criador y Señor**. Y le enseña a **abrirse** a su Criador y Señor y a **buscar** ese contacto directo. Le enseña a orar. Le enseña a penetrar en el misterio de Cristo, en el misterio total de Cristo. Y le introduce, le da los Ejercicios. **Los Ejercicios** para Ignacio —lo dice él cuando habla de que los novicios de la Compañía deben hacer el mes de Ejercicios—, que «son para enardecerse en el amor de Jesucristo, para calentarse en el amor de Jesucristo». Y es lo que quiere hacer él con Javier, llevarlo. Porque todavía, si él ha dado un vuelco en su vida, pero le falta conocer a Jesucristo, enardecerse, calentarse en el amor a Jesucristo. Es lo que nos falta muchas veces tanto a nosotros, cristianos, que hablamos de Cristo, pero no estamos

enardecidos en el amor de Jesucristo. Entrar en el misterio de Cristo Crucificado.

Podríamos expresarlo así, y así lo vamos a seguir en este día y en los que vienen: Le enseña a Javier a ponerse cara a cara y penetrar en el misterio del Santo Cristo del Castillo de Javier. El Santo Cristo del Castillo, ¡qué tesoro! Y no hablo del tesoro artístico de ese Cristo del siglo XIII. Hablo del misterio de Cristo en el centro del Castillo de Javier. El misterio de Cristo que ha de colocarse en el centro del corazón de Javier, y que ha de llevarlo él luego en su mano por todas esas regiones del Oriente, para mostrar al mundo los tesoros de Cristo, para repetir como San Pablo, que «él no predica otra cosa sino Cristo, y Cristo Crucificado». Como uno que ha vivido desde la infancia ante un tesoro maravilloso que no ha apreciado nunca; a quien la pátina del tiempo impide que se vea en todo su esplendor. Y viene un especialista que limpia aquel cuadro y que le hace entender la maravilla que había ahí y que él no había sabido apreciar hasta el momento.

Mirar a la cruz con mirada nueva no quiere decir volver a mirar. Es con mirada nueva, con mirada de fe, ¡con mirada penetrante del misterio de Cristo! Y esa mirada es penetrante cuando Él nos mira, es decir, cuando en lugar de ir a rezar delante del Cristo, voy a conversar con el Cristo que me habla también. Y él había ido tantas veces con su madre a rezar,

mientras sus hermanos salían para las batallas. Y allí en el dolor de su madre, delante del crucifijo rezaba, pero no había dialogado todavía. Y en los Ejercicios va a dialogar. Porque ¡Cristo Crucificado vive!, ¡y vive Crucificado!, es decir, en su oblación por nosotros.

Ignacio le enseña y le introduce. **Las meditaciones de la primera semana** de los Ejercicios, con oración continua, con ayuno riguroso y total de cuatro días. ¡Curiosa huelga de hambre de esos rebeldes de Dios, para protestar de sus infidelidades con Dios!, no ante la opinión pública, sino ante el propio egoísmo, ante la propia sensualidad. Esas meditaciones giran en torno a Jesucristo. En lugar de decirlas quizás meditaciones de los pecados deberíamos decir "Contemplación de la Redención de Cristo, contemplación de Cristo mi Redentor". Y eso lo comprende Javier: Ese Cristo que él contempla es **su Redentor**. Ignacio le dicta: «Imaginando a Jesucristo puesto en Cruz, ponderar cómo de Criador ha venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados», y eso lo repite Javier. Y le habla, cómo ha venido. Y la mirada de Cristo se fija en Javier, y **el Cristo sonríe a Javier**. Y él recuerda el Cristo que le sonríe, porque le ama. ¡Ha venido de Criador a hacerse hombre por Javier!, ¡porque le quiere a Javier! y le ha seguido en todos esos años de su olvido. Y él no lo sabía, y él lo comprende. Y le vuelve a repetir Ignacio: «Contemplándole en Cruz, darle

gracias porque por su misericordia, no ha permitido que yo cayera en el infierno». Y Javier lo repite y lo contempla. Y está viendo a ese Cristo que le mira y que le ama.

Empieza a entender el misterio del dolor, de la sonrisa y del Costado abierto del Cristo de Javier. «Me amó». Es la ternura y es la robustez del amor de Jesucristo, con esa herida dura de su Costado abierto, con ese Corazón que se pone así a flor de piel, y que le explica todo y que le mira sonriente. Es comprender que **ese Cristo es la declaración de amor de Dios a Javier**. Así hace sus declaraciones de amor el Dios infinito, a través de la humillación infinita. ¡Le ama tanto que se ha humillado hasta ahí!, hasta el sumo dolor, pero vivido con la sonrisa del amor tierno y delicado, que parece que hace una caricia sobre el corazón de Javier. El Papa repetirá: «La Redención es obra de amor y manifestación de amor». Obra de amor que nos reconcilia y que nos manifiesta la ternura del amor. «Me amó y se entregó a la muerte por mí». Y Javier cree en ese amor personal, tierno y fuerte.

Pero no es sólo eso. **Comprende el amor del Padre**. Javier queda sobrecogido con la palabra de San Juan: «Así amó Dios al mundo que entregó a su Hijo, para que no perezca sino que tenga vida eterna». Y eso lo aplica a él: ¡Así me amó el Padre, que entregó a su Hijo! ¡Y entra en un mundo nuevo! Es la misma realidad de cada día, es el mismo ambiente de la

ciudad de París. ¡Pero hay un amor de Dios que le envuelve todo, que le explica todo!: El amor loco de Dios que ha entregado a su Hijo, y del Hijo que se ha entregado para darle el Espíritu, para darle el amor, para transformarle.

Y él comprende, y es agradecido. Y entonces se entiende una palabra maravillosa de Javier escribiéndole a Ignacio —y vamos a terminar con esta frase preciosa de Javier—, le dice que tiene que enviar a gente bien probada a las Indias, y le dice: «Porque los que vengan, van a tener la gracia de verse en graves peligros de muerte, que no podrán evitar sin perturbar el orden de la caridad. Pero tienen que tener presente que nacieron para morir por su Redentor y Señor». Eso lo ha entendido Javier: **Si Jesús nació para morir, nosotros hemos nacido para morir por Él.**

Javier fue llamado para dar testimonio de lo que había visto. Ignacio fue el instrumento, y lo hizo admirablemente, con tal asiduidad, con tal vida, que no se interpuso. Él sabía llevar hacia la contemplación, él sabía llevar hacia la penetración, orientándole pero respetando inmensamente. Y sin embargo, no cabe duda de que Ignacio le transmitió algo muy suyo, algo por lo cual Javier puede decir de veras *mi Padre de verdad, verdadero Padre mío*. Y escribiéndole a Simón Rodríguez y pidiéndole que envíe gente, le dirá: «Todo sea según el consejo de Ignacio, que es nuestro Padre, nuestro verdadero

Padre». Él nunca los llamaba hijos, jamás. Pero ellos sí sabían que él era Padre. A la manera como Pablo decía a Timoteo: «Hijo mío Timoteo», y Timoteo sabía que era hijo. No un simple director espiritual. No todo director espiritual es Padre en el sentido pleno de esta palabra. Supone **una transmisión**, algo personal, pero respetando el camino de Dios. No es una formulación a su manera. Es *a imagen y semejanza de Dios*, almas creadas a su imagen y semejanza, pero queridas por Dios como **selladas con una forma especial**, que es lo que suele constituir la vocación. Queremos vocaciones. ¡Necesitamos Padres! ¡Padres que llamen, que sellen! ¡Padres que comuniquen el Espíritu del Señor desde dentro, siendo fieles al Espíritu del Señor! La vocación no viene por el aire. Viene a través de los que la viven, los que marcan ese sello que es la llamada de Dios, pero a través de quien les introduce en el misterio de Cristo.

¡Era su Padre de verdad!

Ignacio le coloca a Javier ante el misterio del Santo Cristo, como no lo había visto nunca Javier. Él había estado rezando delante, pero no había entrado en ese misterio. Quizás por eso todavía había estado con sus vanidades humanas. No había comprendido el misterio, no era su hora. Y ahora Ignacio le coloca delante. Y el Santo Cristo se le revela como manifestación del amor personal de Cristo. Como él mismo escribirá luego en aquellas oraciones que dará para sus fieles, les dirá cómo tienen que orar y cómo

tienen que cumplir sus deberes de adoración y de servicio de Dios. Y les dirá: «Por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mí», añadirá él siempre, con ese carácter didáctico de Javier. Al mundo y a mí, porque él lo había entendido así. Porque ese Cristo estaba para él, estaba allí dando su vida por él.

(Novena de la Gracia. Javier, marzo de 1983)



LUIS MARÍA MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.

Oración para la devoción privada

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

BREVE BIOGRAFÍA

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años de edad, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- favores@padremendizabal.com
- Más información: www.padremendizabal.com

Con licencia eclesiástica